

horrible é indigna de que se fijaran en ella los dulces ojos de su amada. Temia que el objeto de su amor llevase á mal su atrevimiento, y varias veces suspendió la escritura de su carta diciéndole á Ramon que era imposible para él escribirla y hacerla llegar á su destino.

Ramon le animaba, y sin mucho trabajo le convencía de que no tenia otro remedio, si quería que Luisa supiese que la amaba y le correspondiera, que escribirle, pues á buen seguro que ella adivinara, y mucho ménos que tomase la iniciativa.

Por fin, la carta fué escrita y se decidió que Ramon acompañara á Mauricio á buscar conducto por donde mandarla.

XXXVI.

La Estafeta.

A la mañana siguiente los dos amigos, que habian madrugado mucho, se hallaban estacionados en un zaguan frente á la casa de Luisa.

Mauricio temblaba como si fuera á cometer un crimen, y mas de una vez habia suplicado á Ramon que dejaran la empresa para otro dia.

Este se encojia de hombros y sonreia con aire de lástima.

Se hallaba en su elemento, y lo único que sentia era no ser mas que el acompañante y director del héroe principal.

—Vámonos, Ramon—le decia Mauricio por la centésima vez—el zaguan permanece cerrado, y ántes de que alguna criada salga nos van á ver.

—Calla, hombre, no seas niño; ¿qué importa que nos vean? sobre todo, es todavia muy temprano y nadie ha salido aun de

la casa. ¿Crees que tu presunto suegro sea capaz de lanzarse al mundo de los negocios sin tomar ántes su desayuno?

—No, pero.....

—No me andes con peros, hijo. Verás como no pasa mucho tiempo sin que salga por el mandado alguna criada, y digo criada, porque la experiencia que tengo me ha hecho comprender que son mas útiles y mejores los agentes femeninos.

—¿Y si es criado el que sale?

—Nos aguardamos, hombre; esa práctica que he adquirido enseña que el criado masculino, donde le hay, va por la leche y otros adminículos; pero que infaliblemente la Maritornes sale para la plaza ó á buscar el café ó el atole para su propio desayuno.

Mauricio veía con admiración á su amigo.

—Entonces—continuó Ramon—se acerca uno de un modo insinuante, le dá políticamente los buenos dias [las criadas son muy sensibles á estas atenciones], le pone uno, si la tiene, una peseta en la mano, y si nó le ofrece con desparpajo un duro inverosímil, y luego le pide con voz melosa entregue á la niña, sin que lo sienta la tierra, el papelito que confía á su eficacia.

—¿Qué te parece?

—Muy bueno, pero muy difícil.

—¿Como difícil? Yo lo he hecho doscientas veces con la mayor facilidad del mundo, y pocas ha fallado. Ahora verás como no te cuesta trabajo alguno.

—¿A mí?

—¿Pues á quien quieres que sea, hombre de Dios?

—Es que yo no me atrevería.....

—A qué?

—A hacer eso que dices.

—Pues entonces, á qué hemos venido?

—Yo creía que tú.....

—¿Te desempeñaría?

—Sí.

—Hombre, Mauricio, ¿sabes lo que estoy pensando?

—Si tú no me lo dices.....

—Pues francamente..... pero no te vayas á ofender.

—Pierde cuidado.

—Pienso que nunca has de hacer letra con las mujeres.

—Qué importa!

—¡Blasfemo! ¿no estás aquí por una mujer?

—Con que ella me quiera me conformo.

—¡Feliz ignorancia!—repuso con aire sentencioso Ramon.—

Pero en fin ¿en qué quedamos?

—¿De qué?

—¿Le hablarás á la criada?

—La verdad, no me siento con el valor necesario.

—¿Pues qué piensas hacer?

—Lo mejor será que nos vayamos.

—¡Vaya! no faltaba mas! Con que me has hecho levantar al alba para ir saliendo ahora con ese pito?.....

—Te pido que me lo perdones.

—Que perdones ni que calabazas! Animo, Mauricio, que en tu mano está que te quiera la chica.

—Pero, ¿qué dirá la criada?

—¿Tienes una peseta que darle?

—Sí.

—Pues entonces no dirá nada.

—Si tú quisieras hacerme un favor.....

—Dí.

—Que tú le entregaras la carta á la criada si sale.

—Pero hombre, ¿no ves que entonces le dá á la niña mis señas y puede resultar de ahí un chistoso quidprocuo?

Mauricio se quedó pensativo.

—Me ocurre una idea—dijo Ramon al cabo de un rato.

—¿Cuál es?

—Iremos los dos.

- Pero tú hablas.
 —Bueno, le diré que el amor te ha hecho mudo, pero no manco; tú le darás la peseta y la carta.
 —Después de que haya consentido.
 —Se entiende.

Los dos amigos permanecieron en su puesto de observación largo rato aún. Se abrió el zaguán, y el corazón de Mauricio latió con violencia. Pensó que se acercaba el momento. Un viejo portero, armado de una regadera tremenda, con la que apenas podía, y de una escoba, salió y se preparó á limpiar la calle.

—Este es el prólogo—dijo Ramon—no tarda el primer capítulo

- ¿Qué quieres decir?
 —Que después del portero que barre tiene que venir la criada que sale.

Pasó un rato más, y una mocetona robusta, india de sangre pura, con cara de orang-utang, trenzas cogidas con chomite atrás de la cabeza, ojos grandes, negros y brillantes como el azabache, nariz anchísima con tremendas ventanas, y labios remangados, salió de la casa envuelta en un rebozo, mascando *chicle*, y con un cesto pequeño en el brazo.

Cuando Ramon la vió, le dijo á Mauricio:

—Avance la caballería.

Mauricio estaba pálido, parecía que iba á cometer un crimen.

Ramon le tomó del brazo y le llevó casi por fuerza en seguimiento de la criada que se detenía en cada puerta á hablar con sus conocidas.

—Es necesario esperar que salga de esta línea para no comprometerla—dijo Ramon.

La criada tomó por la banqueta de palacio, recibiendo de los tres cuerpos de guardia una andanada de flores que la ponían ufana, y que tenían un carácter especial:

—Adios, ojos de lumbre—le decía un soldado.

- Si así fuera el diablo, más que me llevara—añadía otro.
 —Ha de ser usted más chula desnuda—agregaba uno más atrevido—que un burro con pantalones.
 —Me cuadra usted más que el batidillo de tierra caliente—decía un veterano tendiendo en la banqueta su paliacate encarnado, para que le pisara la criada.

Esta, acostumbrada sin duda á las soldadescas bromas, seguía su camino sin darse por ofendida y contestando á la salva de flores con que la saludaban los soldados, con otra salva no menos curiosa de *tronidos* que producía mascando el *chile*.

Cuando llegó á la esquina de palacio, y torció para la plaza del mercado, Ramon, llevando siempre á remolque á Mauricio, se acercó á ella:

—Buenos días, señora—le dijo con mucha cortesía.

La criada se volvió y contestó con desenfado:

—Buenos días.

—¿Quiere usted hacerme un favor?

—Segun sea.

—Es muy fácil.

—Que cosa quiere usted?—dijo la criada, que oyendo cosa de facilidad, supuso que, como á los soldados, le había petado á Ramon y este iba á requerirla de amores.

—Que de parte de mi amigo, le dé usted este papelito á la señorita Luisa—repuso Ramon poniéndole en la mano los veinticinco centavos.

—¡A la señorita grande!—dijo la criada, pensando que le hablaba Ramon de la mamá.

—Nó, á la niña.

—Ah! pero y si me quitan el destino?

—Mi amigo, que es muy rico, le dará á usted otro.

—Y si la niña no quiere el papel.....

—Se le vuelve usted á dar hasta que le tome.

—Pues vaya—dijo la criada que debajo del rebozo estaba

manoseando la peseta que le habia dado Ramon; y tomando la carta se dirigió á la plaza á hacer sus compras, y nuestros dos amigos se volvieron por el puente de palacio.

—Ya ves—dijo Ramon á Mauricio con aire de triunfo—qué bueno soy para estas cosas.

—No te costó mucho trabajo que digamos.

—¡Ya lo creo! ¿quién resiste en los tiempos que alcanzamos á la poderosa lógica de una peseta, ofrecida con tan buena voluntad en cambio de un trabajo que nada tiene de pesado?

—¿Se la entregará?

—Por supuesto; puedes estar seguro de que dentro de una hora ha llegado tu misiva á sus manos.

Mauricio se ponía malo. Pensar que Luisa, la única mujer á quien habia amado, iba á fijar sus bellos ojos en un papel donde él habia escrito algunas líneas que contenian palabras de amor, le parecia el colmo de la felicidad.

¿Adivinaria quien le escribía aquella carta?

Esta duda atormentaba á Mauricio de una manera indecible y le inquietaba extraordinariamente; pero Ramon le tranquilizó sobre este punto diciéndole que las mujeres jamas se equivocaban sobre este punto, y que las señas que á Luisa le daría la criada, y las miradas que Mauricio le dirigía al encontrarla, eran mas que suficientes para que la bella niña no dudase quien era el autor de la carta.

Mauricio no queria verla aquel dia; le parecia que si la encontraba, como de costumbre, en la calle, no podría dominar su emocion y caería desvanecido.

Pero ella, ¿habría recibido bien el atrevimiento de Mauricio? Segun Ramon, era importante averiguarlo cuanto antes, y por lo mismo hacer lo posible para encontrar á Luisa; si esta no manifestaba desprecio ó enojo á Mauricio, nada mas se podían concebir esperanzas; si por el contrario, mostraba que le habia disgustado el paso de Mauricio, y le hacia algun dengue, po-

dia el novel amante contar con seguridad con el amor de la niña, porque, agregaba Ramon al hacer estas reflexiones, la mujer es un problema que debe resolverse siempre con la fórmula del absurdo.

Mauricio no entendía muy bien esta definición y debemos confesar que ni nosotros tampoco; pero estaba dispuesto, para lograr el amor de Luisa, á hacer cuanto Ramon le dijese, y la esperó.

Luisa le vió como todos los dias, con una de esas miradas indiferentes que acostumbramos dirigir á las personas á quienes de ordinario encontramos á nuestro paso.

Mauricio comunicó lo que pasaba á su amigo.

—Es un síntoma de que no ha recibido todavía tu carta—contestó con tono infalible Ramon.